

Leve historia del mundo

MARCOS TARACIDO



COLECCIÓN **POESÍA LDN**



**Dirección de la colección**  
María José Hernández Lloreda

**Texto**  
Marcos Taracido

**Imágenes**  
Hilario Barrero

**Maquetación**  
Óscar Villán

Libro de notas, 2008

**Licencia**  
Creative Commons



[Reconocimiento – No comercial – Sin obras derivadas]

---

El proyecto de edición de **Libro de Notas** busca aunar textos de calidad con un formato y diseño adecuados a la lectura en ordenador y otros dispositivos alternativos. Todos los libros están disponibles para descarga libre, pero pedimos que se apoye nuestra labor editorial y el trabajo de los autores –sólo en el caso de que te haya gustado el libro– con una donación cuyo mínimo hemos fijado en un euro. **Donar.**

## Leve historia del mundo

MARCOS TARACIDO



Ilustraciones de Hilario Barrero



**Marcos Taracido** (Pontevedra, 1971). Lo más sorprendente es su capacidad para suscitar emociones de alguna forma contrapuestas, que uno no tiene muy claro si se deberían sentir. Destilando hilos de lenguaje, consigue que cualquier hecho por brutal o atroz que sea, que descrito de otra forma podría resultar desagradable e incluso intolerable para el lector, se convierta en un frasco de esencia que se puede mirar, tocar, oler y disfrutar con su contemplación, una vez extraída la conciencia. Sin limar ni un poquito el hecho, presentándolo hasta sus últimos resquicios. Y consigue, con la increíble precisión y delicadeza de un cirujano, hacer que la historia más brutal, la que de otra forma caería con un peso abrumador sobre nuestras conciencias, se convierta en un soplo leve de horror que al pulverizarse deja un poso de paz y comprensión para quien lo lee. No elude ningún tema, la vida en cada una de sus manifestaciones más instintivas, las que están como en los márgenes, que son como pequeñas instantáneas. Leyendo "Leve historia del mundo" se tiene la sensación de estar observando escondido detrás de un árbol o de una puerta y saber que está mirando el fondo mismo de la conciencia y el instinto humanos. Es el alma leve de LdN y, con la misma sensibilidad y contundencia que destila en sus textos, se va desplazando por la red, intentando conseguir enlazar lo mejor de lo que navega por aquí. Su fuente principal es un interés genuino por el conocimiento.

CRÓNICA DE LA RECONSTRUCCIÓN



## **Autobiografía**

Recordó cómo de pequeño se ocultaba tras las piernas de su madre cuando veía un viejo. Un miedo irracional paralizaba sus miembros, y repugnaba los besos y caricias de esas pieles gastadas y vellosas, y el resuello roto y violento como un viento de invierno. La miró a su lado vencida del sueño, ajada, desarmada la boca y entreabierta como se queda en los muertos, los dedos conquistados por montañas, el pelo casi pétreo, los ojos hundidos como socavones... y la abrazó otra vez para sentirse vivo.

## **Naufragio en las entrañas**

Afanosamente trataba de recordar su nacimiento. Viajaba con paciencia hacia el pasado, por los recuerdos de su infancia retroactivamente, pero apenas sí llegaba a algún destello de sus primeros balbuceos e intentos de erguirse, lejanos al momento impreciso en que vino a la vida. Intentaba entonces entender su muerte: imaginar el momento en que su cerebro se durmiese, comprender el vacío o el abismo que siguiese a la evaporación del destello. En el fracaso, comprendió el universo.

## Revisión de la tortura

Esperaban su firma, y así ya la pluma a escasos centímetros del papel, y entonces recuperó en el pecho todo el pánico que cada noche le acompañaba de niño, cuando sacaba sus brazos por el hueco de la ventana hacia la oscuridad y palpaba en busca de las contras que había de cerrar, y un escalofrío le atravesaba los dedos hasta el codo y gritaba para sí que ninguna mano le agarrase las muñecas desde las tinieblas.

## Propiedad de los mapas

Al inclinarse para estirar los pliegues y arrugas de la sábana observó una leve mancha en el centro de la cama, un punto informe que separaba las siluetas de los cuerpos aún marcadas como una pisada sobre la tierra húmeda. Se le agolparon entonces todas las noches secas y los días mórbidos y ajenos y vio con claridad en ese tizne extraño que hacía mucho tiempo que se acabara el mundo.

## **La casa encendida**

Subió las escaleras, introdujo la llave en la cerradura y giró al tiempo la manilla con la mano izquierda, y en el preciso instante en que cedió la puerta le llegó de dentro de la casa la composición de todas las estancias, los lugares vacíos, cada mueble, cada libro en su sitio, su hueco en el tresillo, sus pies en la alfombra, su mano en el teléfono y su voz repitiendo las mismas palabras, y sus ojos recibiendo los mismos estímulos, uno tras otro, sin tregua, como un castigo de la luz. Cerró tras de sí y quebró la llave con el puño.

## **Lenta desintegración del átomo**

Durante un instante volvió a ver en sus ojos la precisión y la memoria, y en ese parpadeo estaban él y los otros y el entorno, y esa mirada que se perdió de nuevo en la turbia nebulosa del olvido le permitió afrontar otros lustros de espera baldía.

## **Percepción memoria**

Volvió, como siempre había querido, al lugar de su infancia. Aparcó el coche y al salir se encontró con el muro que tantas veces había escalado para expandir el mundo y retar al vértigo y al peligro. Ahora le llegaba por los hombros. Se dio la vuelta y, antes de que todo un mundo albergado en su cerebro se desintegrara para siempre, huyó corriendo.

## **Impiedad de las borduras**

Concibió a su familia como un mapa. Al Norte, en la aridez del frío, situó a visitantes y demás extraños que merecieran el cariño y el calor de un día. Habitaron el Este los brotes y retoños, luz que aseguraba su pleripo constante por la cartografía. El Sur, reino de la humedad y la calima, era morada de su esposa. En el Poniente perdían sus días los ancestros construyendo una orografía de memorias. Fue en el lento y tedioso registro de los límites que los perdió a todos.



## **Resurrección de los puzzles**

Arrancó de los álbumes todas las fotografías, y durante horas despiezó en minúsculos fragmentos cada una de las representaciones, y las confundió y removi­ó en una sola saca, y dedicó el tiempo a reconstruir una por una cada imagen con la ilusión de que los rostros allegados volverían para siempre.

## **Historia de la grima**

Masticaba arena con la pasión del poseído. Después de cada comida posaba en su boca un puñado de minúsculas piedrecillas y las mordía con dientes y muelas con ímpetu e ira hasta que se calmaba el hurón que le roía el pecho. Y no le aquietaba cualquier arena. Todos los años viajaba tres mil kilómetros, en septiembre, hasta una playa en la que llenaba una saca con la tierra seca, menuda y desatada del lugar en el que de niño había sido tan feliz.

## **Fugacidad de las fuentes**

Apenas mozo imberbe, se sentó en el borde que distinguía la arena ajena a la humedad de las olas, y desde ahí asistió durante horas al vaivén de la marea, que rozaba sus zapatos en su punto más álgido y se alejaba con la reincidente lentitud de las estaciones para volver de nuevo y para irse. Guardó ese fragor monótono como se lleva un trauma en cada paso, y ya promediada su vida percibió la invitación de la marea en las caderas de un animal hermoso que se marchó con el día.

## **Arte poética**

Observaba los restos del naufragio desde lo alto del acantilado. Los otros niños rebuscaban entre las cajas abiertas y astilladas, agrupaban ropas y utensilios y, los más audaces, se allegaban a las rocas con el agua por la cintura para arrancar algún trofeo allí adherido. El prefería imaginar el ataque del monstruo húmedo y algado elevándose sobre el madero y arrancando uno a uno a los hombres de cubierta con sus brazos floreados de espuma, para engullir finalmente la nave entera y escupir, hacia la orilla, los huesos y aparejos de mala digestión.

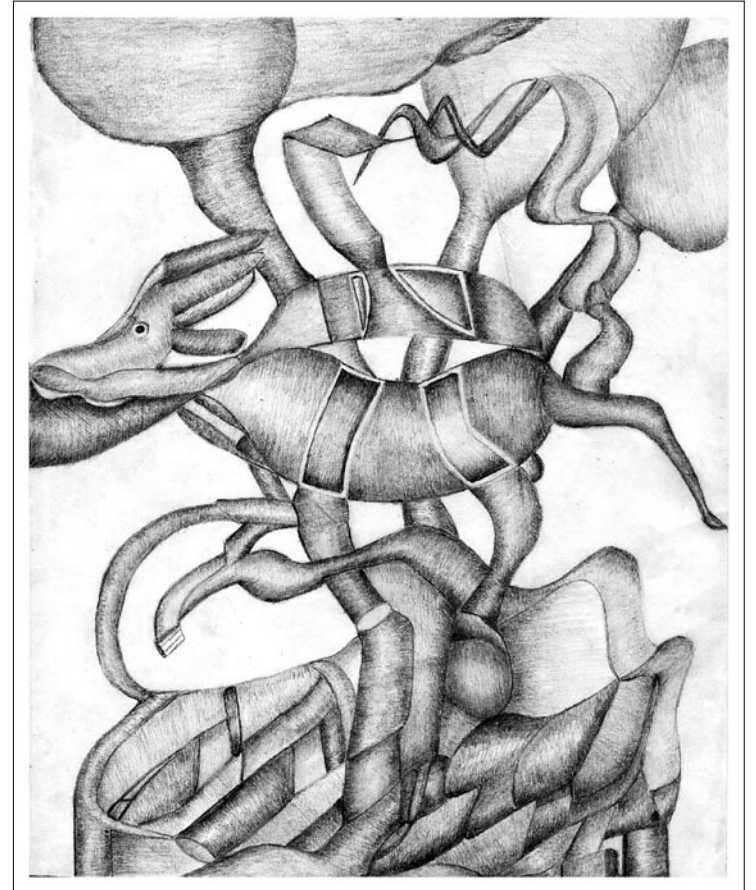
## **Angostura del hueco**

Le fascinaban las tormentas. Cuando llegaba una se abalanzaba a la calle buscando el encuentro, con la esperanza intensa de que el viento o el rayo la llevaran a Oz. Nunca pasó nada.

## **Horizonte final**

Durante toda su niñez su entorno se acababa con el atardecer: entonces, la niebla iba comiendo poco a poco todos los alrededores hasta dejar su casa como un islote entre la nada; sólo al despertar por la mañana comprobaba que misteriosamente todo había vuelto a aparecer. Ya muy lejos en el espacio y en el tiempo, mientras la violaban brutalmente una y otra vez, vio llegar la niebla, espesa, pegajosa y pesada como las mantas con que la tapaba su abuela, y ya no hubo brisa ni viento ni amanecer que la disipase.

CRÓNICA DE LA OFUSCACIÓN



## **Miedo de la lana**

Aterrada del resto, se recluyó en la casa. Salía inicialmente una vez al día por comida, pero pronto vivió de los encargos, pues un pánico atroz le arrebatava los sentidos en mitad de la calle, cierta de estar perdida para siempre. Con el tiempo la casa se fue haciendo inmensa, y el viaje de la habitación a la sala, de la sala a la cocina, de la cocina a la habitación, era un periplo angustioso que sólo afrontaba agarrando un extremo del ovillo de lana que le asegurase el camino de vuelta.

## **Perseverancia del círculo**

Era constante en el insomnio, y vivía ajena al descanso de los ojos. Luchaba cada noche por alcanzar la inconsciencia, pero la vigilia atosigaba y vencía, y sólo los libros y los enigmas de ajedrez apaciguaban la eterna lucidez. Cuando, ayudada por los fármacos, abandonaba el mundo hacia un estado de letargo pesado y ebrio, soñaba que estaba despierta y no lograba conciliar el sueño.

## **Exaltación de la impostura**

En el sueño la claridad era espesa. El movimiento dejaba en el aire una estela que se pulverizaba lentamente, los pájaros reptaban impotentes sobre la superficie, el ruido eran gritos acolchados y lejanos y al hablar parecía que lo hacía siempre otro. Nada se hallaba fácilmente, y de encontrarlo –un hijo o una calle– se sumergía en las metamorfosis. En la vigilia, vivía en la certeza de que la realidad era una máscara perfecta.

## **Auto sacramental**

Eligió la demencia. Solapó el terror bajo una máscara perfecta y límpida y fue feliz en el enterramiento. Años después una mujer se enamoró del embuchado y puso empeño en el proceso de la sanación. Durante meses rasparon una a una las múltiples capas de defensa hasta que finalmente, desnudo y el dolor hirviendo, el hombre fue curado.

## Disolución de la jauría

Era efímera su estancia en las ciudades. Se empleaba en los muelles o en las obras para labores de un día; comía siempre en lugares distintos y apartados entre sí, y buscaba el cobijo de los parques para el sueño, o las múltiples entrañas que abrían las urbes para su descanso. Cuando notaba en algún rostro que ya no era un extraño, abandonaba la villa hacia otro destino.

## Semper eadem

Cuidaba la herida como quien mimaba durante años un arbusto. Cada día retiraba la venda, limpiaba el pus y la podredumbre expelida y observaba el hueco con una linterna: las reverberaciones en la carne, las rugosidades y adherencias de la cercenación, el hueso al fondo. Frotaba entonces con un paño las paredes de la cavidad buscando que brotase sangre roja y terminaba aplicando un emplasto que evitase el desarrollo de gérmenes nocivos. Finalmente vendaba la herida, como un niño que envuelve en trapos a un pajarillo para curarle el ala rota.

## Locuacidad de la tinta

Escogió un extraño dibujo sin forma y se lo mandó tatuar en el antebrazo. Cuando curaron las heridas y vio la ilustración fundida con su carne le pareció que la tinta amorfa era ahora una boca abierta y dentada desagradable a la vista. Esa misma noche comenzó a sentir unos pinchazos bajo el tatuaje que acrecentaron su intensidad con el paso de las horas hasta hacerse insoportables: sentía que le arrancaban la carne a dentelladas; sin demora, con una cuchilla retiró las capas de piel necesarias para extirpar los barnices, pero el daño parecía huir bajo las venas y los huesos, de modo que en la desesperación agarró un machete y se cercenó el brazo bajo el codo. Cuando, meses después, cicatrizaron las heridas vio que la apariencia del muñón era una boca entreabierta.

## Otoño del páramo

Localizó la cana en la maraña del pecho y la arrancó de un tirón seco; siguió a la aflicción intensa y breve una melancolía del cuerpo y una paz que se desvaneció con los últimos murmullos del dolor. Cogió entonces unas pinzas y comenzó a arrancarse el vello como se limpian las hebras excedentes de la madeja; el torso, las piernas, los antebrazos, la cabeza, el pubis, las cejas y pestañas... y se contorsionó con desesperación creciente en busca de alguna brizna oculta, y cuando hubo acabado la depilación, exhausto y débil, ofreció su desnudez ante el espejo, y tuvo frío en el desasosiego.



## **Dolor de las córneas**

Tenía la sensación constante de que alguien le acompañaba a sus espaldas. A veces incluso le parecía sentir como una leve mancha del aliento de otro sobre el dorso, y en momentos precisos esperaba con certeza una mano en el hombro o una palabra que le violentase el pelo. Pero no se giraba. Temía que sus ojos tuviesen la profunda tristeza del invierno, o temía no ver sino un éter azulado y fugitivo; le aterraba una ausencia de boca en el rostro, o que fuese ella y no pudiese abrazarla. Y temía volverse y no ver nada.

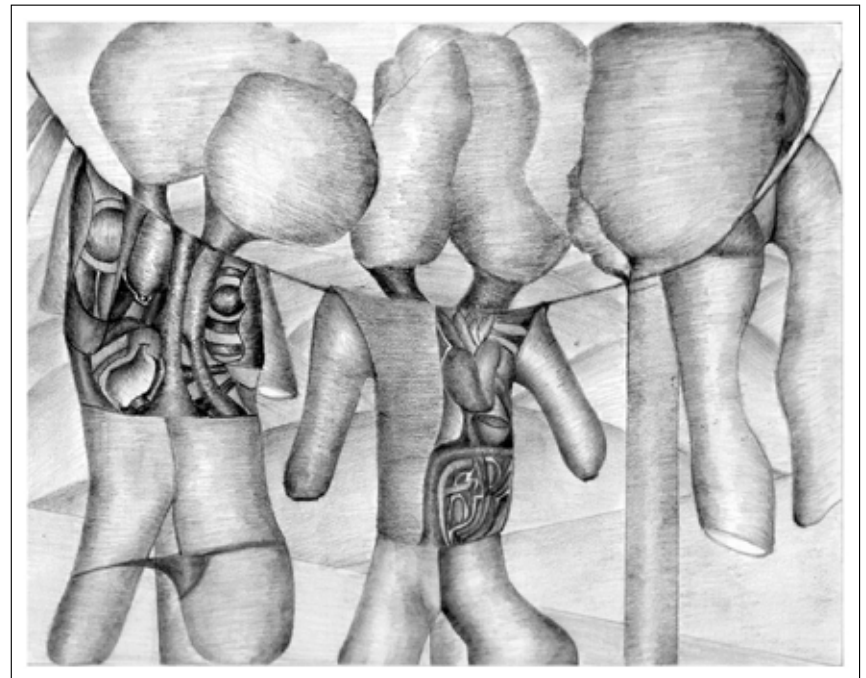
## **Postrera sombra**

Quería para sí la condición de los espectros. Pasaba las horas acurrucado entre los nichos y las lápidas, inmóvil, como un cuervo enfermo. Esperaba sentir en el vello un viento helado, o que una lengua cálida le recorriese el estómago, que poco a poco notase el aire desplomado y el silencio, y una ingravidez de miles de cuerpos le cubriese. Pero sólo sentía putrefacción bajo los cementerios.

## Órbita del desasosiego

Caminaba por el centro de la plaza y vio primero despegar a las palomas. Siguió al romper del aleteo una estampida general de los peatones, torpemente, cayendo y golpeándose por la potencia desproporcionada de la huida sin rumbo. Quiso correr, pero no pudo. Miró al cielo, pero estaba limpio y apenas moteado por las aves. En el asfalto no encontró motivo alguno para el pánico, y en la lenta y delirante búsqueda del origen de los gritos y rostros aterrados pensó que él era el centro de la circunferencia que trazaban todas las miradas blancas por el miedo, y pensó que quizás huyesen del monstruo.

## CRÓNICA DE LAS AFUERAS



## **Artesanía**

Manejaba el odio con la ductilidad con que se mueve el líquido embolsado. Habitualmente lo ocultaba, y el aborrecimiento y la aversión viajaban invisibles por la corriente sanguínea, atemperados hasta el punto de ser sólo un levísimo hormigueo en las entrañas. Pero a veces lo llamaba como a un perro, y notaba el rencor bullendo en las arterias, y se le hinchaba en el cuerpo y le llegaba esa ira programada hasta los dedos, y como un disparo se le iba toda por las yemas para impregnarse en algún cuello.

## **Inutilidad del embozado**

Durante toda su vida se esforzó en ocultarlo; reprimió sus instintos, abortó decenas de proyectos, sintió infinidad de veces el ardor de la impotencia en su estómago, censuró sus gestos e impulsos y vivió, en fin, semienterrado. En el sepelio su secreto hervía en las murmuraciones.

## Opacidad de Homero

Carecía de músculos faciales. La flacidez del rostro mudo e impasible provocaba miedo y rechazo en quien lo miraba, y acostumbrado al perímetro de horror que acarreaba promovió una soledad plácida y plena, que sólo comenzó a degradarse cuando unos ojos le inundaron todo el cuerpo. Entonces, cualquier palabra fue el grito acartonado de una máscara: espectacular, silencioso y ficticio.

## Veracidad de la impostura

Recogió el semen de su pecho y lo extendió como un aceite por sus manos, palpándolo y deshaciendo su espesura entre los dedos y cubriendo con él las líneas y los montes de las palmas, y así ungido se acarició la cara tapando cada poro, y se ovilló contra su espalda.

## Ritual de la jauría

Tras una contemplación indecisa y silenciosa, se adelantó y pisó uno de los huevos con torpeza, y se apartó corriendo como se salta a una trinchera. Entre los cascarones, un cuerpo contrahecho y húmedo entreabría el pico en espamos de intermitencia irregular. Observaron los ojos enormes y estáticos, la contracción del cuerpo como un fuelle roto, las alas que eran brazos desnudos y ateridos. La más pequeña del grupo cogió una piedra enorme para sus dedos diminutos y la dejó caer sobre los restos, y todos se marcharon despacio, frenando la carrera.

## El animal del desasosiego

Buscaba en él el roce de sus pies como fruta pelada, y se arrimaba a su espalda y a sus nalgas, y se movía ligerísimamente como un péndulo esperando que la caricia del vello y los pezones erizados desperezasen su piel, como una niña que cada verano intenta escuchar el mar en las entrañas de la caracola.

## Vindicación de Rodin

Notaba cómo él buscaba su lujuria. Lo hacía de un modo silente, cauteloso, indirecto y gestual: quedaba tendido sobre la cama, tras el almuerzo, desnudo el torso y el pantalón ligeramente caído ofreciendo la carne; trataba de mostrar ausencia de intención en un leve roce del lóbulo de su oreja; aligeraba de barba sus mejillas por las noches; esperaba en la ducha, mojado, a que ella entrase para mostrarse, el pene generoso en su hinchazón pero evitando la dureza y tiesura propias de la excitación. Ella lo miraba con cariño, reconocía la elegancia de sus gestos, incluso pensaba agradable el tacto de esa piel elástica y suave en la erección. Pero ese deseo carecía de humedad.

## La lógica de Ulises

Cuando él llegó ella se había cansado de esperar. Le había dejado una nota en la cocina. Espérame; volveré. Aguardó. Durante años vivió para la vuelta. Guardó un sitio en la cama, en el sillón, en la mesa. Se acondicionó para la espera. Convivió sólo con fantasmas y la lujuria fue el esperma muerto por el frío. Salió a buscarla. Recorrió desiertos, islas, archipiélagos y vergeles, y amplió la geografía conocida. Con los pies limados del roce, las manos decrepitas y el pelo oxidado de la luz, regresó a la casa, y sobre el lecho observó a su amada, seca y carcomida por los perros y la espera.

## **E pur si muove**

Un día vio cómo morían las gallinas. Hasta entonces la muerte era la presencia inerte de los cuerpos. Los gazapos de cuello ladeado y en torsión extraña o los pollos desplumados no eran más que una versión inane de los que observaba en el establo. Pero ese día el hombre llevaba una gallina cogida por las alas y, quizás para herir conscientemente su mirada, levantó el brazo derecho y segó con el hacha la cabeza del animal. El ave decapitada, comenzó a mover las alas con desesperación y se elevó unos centímetros del suelo mientras volaba hacia él escupiendo sangre por el cuello abierto, hasta cesar todo movimiento a unos centímetros de sus pies. Desde entonces tuvo miedo del mundo.

## **Gravitación del brote**

La sentaba en sus rodillas, de espaldas, y le daba un cuento, y mientras ella pasaba las hojas y ponía voces y tribulaciones para ilustrar los símbolos opacos, él observaba la nuca despejada, los pelos huidizos, la ternura en los lunares, y absorbía su olor a pomelo, y no llegaba a rozar con las yemas de sus dedos las telas que cubrían su espalda, a un milímetro siempre de sucumbir a la presión de la marea.



## **Adherencia del miedo**

Imaginó que sus jadeos brutales eran suspiros de placer, que los embates que rasgaban su vagina eran vaivenes de su hermosa espalda, que las manos que aplastaban sus muñecas eran los dedos largos y delgados que acostumbraba a entrelazar bajo su cuerpo, que el sudor que goteaba y quemaba sus labios, caía del pelo lavado y oscuro al que ella se aferraba en la pasión, y poco a poco transformó el dolor seco y el miedo hasta el orgasmo que ya nunca jamás volvería a conocer.

CRÓNICA DE LA DESAPARICIÓN



### Variaciones sobre un tema de Alan Parker I

Subió al piso treinta y uno y se encaramó a la azotea. Tardó cuatro horas en clavarse por todo el cuerpo, una a una, las centenas de plumas que durante tres meses había recogido en el parque. Cuando acabó, emplumada desde el cuello hasta las rodillas, la sangre había teñido de rojo las péndolas más bajas. Saltó al vacío. Durante treinta pisos voló como un pájaro entre los olivares y los despeñaderos, y apenas a unos metros del suelo miró hacia arriba y vio una estela que se había descolgado de su figura y cubría el aire hasta los tejados de plumas gravitando como un remolino blanco en despedida, y justo antes del impacto tuvo el tiempo suficiente para ver con angustia cómo el último cañón se despedía de su mano y moría persona.

### Variaciones sobre un tema de Alan Parker II

Quisiera haber sido un pájaro. Ahora, desde la azotea en la que había decidido acercarse al menos al vuelo en sus últimos segundos de vida, lamentaba todos los años perdidos en el deseo imposible, el aislamiento, la ridícula ansiedad por el plumaje y el vencimiento completo de la gravedad. Desde la dolorosa lucidez se impulsó al vacío y ni siquiera pudo disfrutar del vuelo, tomada como estaba por la certidumbre de la muerte. El golpe fue violento; sin embargo ella sólo notó una leve desazón de huesos, y una ligereza progresiva en el pecho, como si se liberase por un hueco toda la presión acumulada en su mundo. Desde la inmovilidad, vio su cuerpo reflejado en un escaparate, y reconoció en su silueta encogida la mortandaz lánguida y seca de los estorninos, la rigidez mórbida de las gaviotas, la opacidad de la mirada de los cuervos. Y fue feliz en el acabamiento.

### **Minuto antes del suicida**

Abrazó con los dedos su pene erecto como pocas veces lo había notado, y recordó las historias de ahorcados cuyos miembros saltaban como resortes ante la asfixia de la muerte. Mientras vertía el semen asomado a la cornisa, no percibió qué pensamiento le había llevado al orgasmo. Después se tiró detrás del líquido, y en los varios segundos que duró la caída le pareció que dejaba atrás el jugo espeso y lacio que saliera de su cuerpo.

### **Amor del autómata**

Caminaba hacia el coche siempre con la certeza de la muerte. Por eso cada día se despedía de los suyos como un reo de muerte: les recordaba cuánto les quería, advertía nuevamente cómo debían actuar en el futuro, aconsejaba a sus hijas para la vida, notaba los lugares en que guardaba documentos y claves necesarias, y, finalmente, les besaba con angustia. Muchos años después de esta mecánica terrestre se quitó la vida de un balazo al percibir que al despedirse hacía tiempo que le besaban con la frialdad y la grima de quien besa a un muerto.

## Elección de las sombras

Se miró el muñón en jirones, con la piel en harapos y la sangre surtiendo como de las fuentes en los parques. Se arrodilló, y con el agua por la cintura palpó la arena en busca de la mano, y al encontrarla probó a volverla al antebrazo con torpeza. Notó una levedad placentera, un vaciado del cuerpo, una carencia de peso y de presión bajo las venas, y cayó de espaldas. A través de los pocos centímetros de agua que le cubrían creyó ver en el vuelo de unos pájaros la acogida de sus crías, y musitó algo cálido que llegó en hervores a la superficie.

## Viaje a los rostros

Vivía en el ansia de la exploración: tocaba los rostros con fruición, los recorría con sus dedos, calcando, acariciando, estudiando en la piel como en una cartografía extraña. Su mirada mostraba la brillantez del enfermo, el afán del enajenado, la reverberación del pasmo. Un día le capturó el rostro de un niño entre la gente, y sobre el mismo asfalto se abalanzó sobre la cara y la sujetó con firmeza entre sus manos, y comenzó la exploración absorto y opaco a los gritos y los golpes y los intentos de los viandantes por separarlos, tampoco vio el horror en las pupilas del pequeño, ni sintió en modo alguno la quiebra del cráneo, y sólo cuando una leve nube manchó uno de sus ojos, notó la sangre subiendo a la boca y la angustia más sobrecogedora se apropió de su cuerpo al saber con certeza que en un instante dejaría de aprehender ese rostro.

## Relatividad del vértigo

Vio que su caída había arrastrado a los otros miembros del equipo, y percibió en la escena cierto parecido a las burbujas de jabón que le lanzaba su madre hacia la cara, y en la espera del golpe que la convertiría en una muñeca desmañada, pensó que nunca tendría que haber mirado al tortuoso y sucio túnel que era su pasado mientras estaba anclada en aquella cornisa a siete mil metros de altitud y con cuatro desdichados atados a su espalda.

## Hábito del notario

Sacaba instantáneas del desastre. Interrumpía disputas para fotografiar el llanto o las vesículas crecidas con la ira y el dolor; retrataba las heridas de los niños antes de la cura y obtenía imágenes de los muertos y la lenta desintegración de los recuerdos en los cementerios. Después, situaba las fotografías por riguroso orden temporal, entre los cumpleaños, las comuniones y los viajes del album familiar.

## Sepsis del espectro

Apenas la notaba ya. Antes estaba en todas las estancias, a su lado en el sofá, rozando levemente el hombro; en la entrada, con una sonrisa que se quedaba en el aire como el humo, y en el calor tenue de la cama, o le tiraba la sal en la cocina como se deja una nota en el espejo. Pero ahora era apenas un aullido lejano e inconstante que llegaba con un viento helado que arrasaba la casa y le erizaba el cuerpo, y le dejaba desastrado y estéril, puro deseo de la ausencia.

## Réplica del hombre muerto

*(Variaciones sobre un tema de Horacio Quiroga)*

No hubo dolor, ni sintió un crujido ni el temblor íntimo de los huesos demolidos, pero supo resquebrajada su columna. Estaba inmóvil sobre el tronco, boca arriba, como un escorzo grotesco, una pierna doblada en remolino y un brazo como ahogándole el cuello, con la mano vuelta hacia el cielo. No había nadie en el páramo, y sabía que nadie llegaría en varios días. Oyó el zumbido de las moscas y quiso notarlas como buitres arrancándole la carne. Llegaron alimañas, y tras horas de lentas acechanzas supo que empezaban a comerse sus extremidades por pequeños y bruscos vaivenes, súbitos desplazamientos que modificaban levemente su campo de visión. Temió recuperar la movilidad del cuello y poder verse devorado. No le extrañó la certidumbre de la muerte; vio como un destello una mandíbula rojiza y goteante e imaginó su cuerpo en los estómagos, las heces, la hierba, la tierra y subiendo por la savia hasta las copas de los árboles. Pero entonces pensó que quizás, alguien, quizás llegase hasta el paraje y le observase en aquella postura, roto, ridículo, comido, como una marioneta vejada y blanca, y deseó hasta su muerte con angustia poder mover las piernas y los brazos lo suficiente para ocultarse de otros ojos.

## Quiebro de la luz

Instantes antes de sumergirse en el infierno pudo observar con ternura toda la belleza del pequeño cuerpo destrozado entre el amasijo de hierros.

## Recreación del miedo

Al retirar uno de los cuerpos que acababa de caer en la trinchera vio los guijarros. Se agachó, cogió un puñado, y comenzó a lanzarlos sobre un pequeño montículo, imaginando que bombardeaba las posiciones enemigas. Mientras las piedras levantaban diminutas nubes de polvo en la colina ilusoria sus manos abandonaron el continuo seísmo, se libró en el pecho de la presión sorda y, después de meses, los músculos cedieron como una marioneta en reposo. Hasta que un estallido más cercano le cubrió los ojos de arenilla, y el estruendo borró de golpe en sus oídos las explosiones y los gritos de ficción, y lo trajo al mundo.



## **Física cuántica**

Creyó que estaba muerto. Había bullicio en el entorno; jolgorio en los niños, ternura incluso en algunas caricias, conversaciones y miradas que viajaban agudas como proyectiles. Pero él estaba acorazado. El aire circundante cundía denso y grave de los otros humanos. Pero hacia adentro sentía el vacío que imaginaba en el silencio de los agujeros negros.

## **Luz que agoniza**

Fue en la última y profunda exhalación que recordó las mañanas de Reyes de su infancia, y se vio bajando las escaleras hacia la sala, cuyas puertas apenas frenaban la reverberación de una luz tenue pero intensa y extraña, una luz difusa como de metales preciosos, de hadas, de partículas mágicas espolvoreadas por la estancia, y fue entonces, en el umbral, que confundió las iluminaciones y el aliento retirado, y se perdió su memoria para siempre en la felicidad de la espera.

*Para la mariposa de líquido y silicio, cuyo valor espanta.  
Para las crisálidas y sus alas de luz.  
Para la larva.*

M.T.



El proyecto de edición de **Libro de Notas** busca aunar textos de calidad con un formato y diseño adecuados a la lectura en ordenador y otros dispositivos alternativos. Todos los libros están disponibles para descarga libre, pero pedimos que se apoye nuestra labor editorial y el trabajo de los autores –sólo en el caso de que te haya gustado el libro– con una donación cuyo mínimo hemos fijado en un euro. **Donar.**

© Marcos Taracido e Hilario Barrero, 2008